

José Manuel Goñi Pérez  
«La novela. Lo que ha sido. Lo que es. Lo que debe ser» (1878):  
Antonio de Valbuena y la buena novela  
*Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. XCVIII-2, 2022, 63-98  
<https://doi.org/10.55422/bbmp.811>

## «LA NOVELA. LO QUE HA SIDO. LO QUE ES. LO QUE DEBE SER» (1878): ANTONIO DE VALBUENA Y LA BUENA NOVELA

José Manuel Goñi Pérez  
*Aberystwyth University*

### **Resumen:**

Antonio de Valbuena sentó las bases de lo que debía ser *la buena novela* y su postrera crítica en su estudio «La novela» publicado en cuatro partes en *La Ilustración Católica* en 1878. Este artículo expone tanto las razones antiliberales de tal estudio como la contextualización sociopolítica que provocó su publicación en un periodo de lucha entre fuerzas ideológicas contrarias y entre quienes vieron en la novela un arma insoslayable bien con la que defender el liberalismo o bien con la que contrarrestar las nuevas tendencias narrativas panteístas y la supremacía del hombre-Dios auspiciadas por el *liberalismus hodiernum*. La sencillez, el equilibrio, el adoctrinamiento y el decoro, entre otras, de la novela católica, conforme a los postulados de la encíclica *Quanta Cura* y el *Syllabus errorum* (1864), ayudaría a proteger a los jóvenes lectores de los vicios, las imperfecciones y la perversidad de la novela liberal.

*Palabras clave:* Liberalismo, la *buena novela*, Antonio de Valbuena, catolicismo.

### Abstract

Antonio de Valbuena laid out the framework for *the good novel* (and that of his subsequent critical work) in his serial essay «La novela», published in four sequential instalments in *La Ilustración Católica* in 1878. This article sets out both his anti-liberal arguments as well as the socio-political context of the time which provoked its publication. It was a period of fierce fighting between opposing ideological forces and amongst those who identified the novel as a sure weapon either in defence of liberalism or in opposing new pantheist narrative tendencies and the supremacy of man-God promoted by the *liberalismus hodiernum*. Valbuena showed that the simplicity, balance, doctrine, and decorum of the catholic novel, following from the tenet of the encyclical *Quanta Cura* and the *Syllabus errorum* (1864), would be of help in protecting young readers from the liberal novel's vices, imperfections and perversity.

*Key Words:* Liberalism, *the good novel*, Antonio de Valbuena, Catholicism

Antonio de Valbuena y Gutiérrez (1844-1929) publicó varios trabajos críticos sobre la literatura de su época. De entre ellos su estudio «La novela. Lo que ha sido. Lo que es. Lo que debe ser» -un texto que ha pasado desapercibido por la crítica especializada- publicado en 1878 y que comprende los presupuestos críticos que apenas modificará en su punzante invectiva posterior en la que arremetería contra las noveles tendencias literarias de su época y contra los que se apartaban de la más estricta moralidad católica. En un siglo inexorablemente marcado por influencias e ideologías foráneas, los juicios críticos sobre lo que debía ser la novela intentaron, por un lado, advertir a los lectores de los peligros de las tendencias narrativas auspiciadas por el positivismo, el materialismo y las influencias literarias provenientes de la capital francesa, la *Prostituta del Sena* -como la prensa católica la denominaría (Sánchez: 1885: 160); mientras que, por otro lado, intentaron poner sobre aviso al lector de los peligros de la falta de libertad en el arte y de la censura moral que arremetía contra el liberalismo y los *libre-prensadores*. Los vilipendios,

escarnios y amonestaciones fueron una constante en un periodo en el que la política y la defensa a ultranza de los valores nacionales habían avivado el cabo de las plumas más tradicionalistas centrandose parte de sus esfuerzos en exhortar al lector a rechazar tanto las obras literarias que no respondían a los tácitos valores morales como a los heterodoxos autores de talante liberal y, por lo tanto, dignos de reprobación.

Este trabajo analiza la visión de Antonio de Valbuena sobre la novela teniendo en cuenta su ideología católica e integrista, la moralidad, así como el contexto en el que fueron escritos textos como «La novela» (1878), sus recensiones críticas sobre la obra de Pereda (1878) o de Valera (1879), así como sus ensayos y prólogos que marcarían su indeleble lucha contra el liberalismo y el anticlericalismo, como fueron *Sursum Corda* (1870) o su prólogo a *La luz del Vaticano* (1888).

El análisis de la crítica de Valbuena,<sup>1</sup> sobre todo si la contraponemos a la de Juan Valera o Pardo Bazán o el mismo Clarín, nos permite acercarnos a esa visión reduccionista de la realidad que juzgaba la obra literaria desde perspectivas encontradas: el liberalismo y el más férreo tradicionalismo católico; manteniendo este último esa drástica oposición entre el bien y el mal, y cuya simultaneidad en la novela instruía, sobre todo a los jóvenes a quienes se intentaba proteger, acerca de los peligros que conllevaba el liberalismo: vicios, imperfecciones y perversidad. Si -como Roger Picard comenta acerca de la novela romántica, siguiendo las ideas de Charles Brun- la intención del autor es «ejercer una influencia sobre el espíritu del lector y hacer algo por la reconstrucción de la sociedad», ya fuese por su intención «crítica con respecto a las instituciones» o «abogando por las doctrinas reformadoras» (159 y ss.), se puede decir que el debate en la segunda mitad del XIX no versa sobre esa ‘reconstrucción de la sociedad’, sino cómo y con qué fines la llevan a cabo los novelistas y, asimismo, juzgar sobre la pertinencia de sus medios.

Desde la década de los 60 el hecho literario se convirtió, incluso más aún, -fuese o no la intención de los autores- en un hecho político y religioso en el que los temas, el mismo estilo, el apoyo de los

---

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, su jocosa «Carta de la Garduña» (*Corrección fraterna*: 1910: 248-258) o «El baile del oso» (*Des-trozos literarios*: 1899: 39-47).

escritores a ciertos partidos políticos, su participación en la esfera política o el simple hecho de escribir para ciertos periódicos de marcado talante ideológico, como fue el caso de Pedro Antonio de Alarcón, Clarín o Juan Valera, los encasillaban, algunas veces de forma maliciosa, en distintos grupos ideológicos, siendo el hecho literario abstruso si tendemos a separarlo de la política, ya que en una época de prevalencia burguesa la novela tenderá a la observación del mundo reconocible por el lector burgués (Palenque: 1998: 68). El debate sobre la moralidad en el arte y específicamente en la literatura decimonónica se intensificó desde la década de 1860 no solo por las luchas ideológicas de una época que conduciría a la inestabilidad de la monarquía isabelina, a la Revolución Gloriosa de 1868, a la Tercera Guerra Carlista, y la Restauración, viviéndose el repunte del Carlismo y de aquellos que percibían en el liberalismo y en la filosofía positivista -tanto en su enfoque científico y social, como también humanístico-, y en la moral y el arte panteístas un grave peligro para la católica sociedad española; sino que también se intensificó -según los libros de avisos a los jóvenes cristianos- a causa del peligro derivado de ese «industrialismo literario» (*La entrada en el mundo*: 1883: 177)<sup>2</sup> que lejos de

servir para que, ligada con vínculos más estrechos la gran familia, juntase sus comunes esfuerzos para procurar la mayor

---

<sup>2</sup> *La entrada en el mundo o Guía práctica del joven cristiano* fue una obra «conformada a la obra escrita en italiano por el Reverendo P. Bresciani» (1883: V) de gran popularidad y que gozó de al menos seis ediciones formando parte hasta la cuarta edición, según el *Catálogo general alfabético de la biblioteca del «Doctor Lago»*, de la *Biblioteca Manual del Cristiano*, ordenada por Gabino Tejado (1929: 62). En el libro del P. Gerardo Decorme *Lecturas recomendables* de 1908 se juzga *La entrada en el mundo* como «muy bueno, pero algo serio» (36). Recordemos que en la novela *El intruso* (1904) de Blasco Ibáñez, el Padre Pauli la describe como: «obrita del Padre Bresciani traducida y arreglada por otros Padres no menos sabios de la Compañía. Se la regalamos a los muchachos, cuando salen con la carrera terminada de nuestra Universidad de Deusto y es una guía completa de lo que debe pensar y hacer en el mundo todo joven cristiano. El que la sigue al pie de la letra no necesita más para ser un modelo de caballeros católicos y excelentes padres de familia. Lee ese libro, Pepita: busca los capítulos que se titulan «*La elección de estado*» y «*Antes que te cases...* y verás lo que le corresponde hacer a la juventud cristiana para conservar pura su alma y no ofender a Dios» (1904: 260-261).

gloria de Dios, no parece que sirve sino para aumentar el nativo orgullo de los mortales y para difundir más abundantemente en el mundo la ponzoña de todas las corrupciones. (*La entrada en el mundo*: 1883: 174)

Este industrialismo de la letra impresa trajo consigo el auge de la prensa periódica, de revistas, de la prensa ilustrada, de libelos, de pasquines, de hojas volantes, de folletos y de libros, lo que avivó las enconadas aguas de ese debate sobre la moralidad en la novela; y no me refiero a la anticlerical que había sido ya pasto de debates ideológicos,<sup>3</sup> sino a la novela nacional de influjos amorales cuyos autores, como se predica en *Entrada en el mundo*, «hacen todo lo posible por proseguir la obra panteísta de divinizar los vicios y pasiones humanas», habiendo asimismo «un magnífico repertorio de necedades y de blasfemias, que el extranjero entrega al furor de nuestros traductores y a la codicia de nuestros editores y libreros» (1883: 192), que produce igualmente obras de «descripciones repugnantes, [de] subversiones del sentimiento moral, [de] infernal desbarajuste de suceso y de ideas» (1883: 194)<sup>4</sup>, como fue el caso de, según la crítica católica, las de José Nakens, Sawa, Bago, Jacinto Picón... de quien comentaría en 1902 Antonio de Valbuena que tenía

la manía de lo obsceno, y, como escritor, vamos, como mal escritor, parece que se ha impuesto la misión especial de popularizar y de aclimatar la lujuria, escribiendo *verduras* insoportables en las novelas y en los cuentos, para que el público se vaya acostumbrando a esas cosas y se hagan comunes y corrientes. Misión bien triste por cierto. (1911: 223)

<sup>3</sup> Véase a este respecto el trabajo de Solange Hibbs «Parti pris idéologique et perversion de l'histoire dans le roman clérical et anti-clérical du XIXe siècle» (2004: 173-189). Sobre el estilo y los aspectos morales de los románticos, véase el reciente estudio de Mercedes Comellas quien al trabajar los rasgos estilísticos del romanticismo en la crítica literaria entre 1817 y 1837 concluye que «es difícil encontrar artículos que se detengan a examinar lo que se consideraron sus rasgos estilísticos, sus novedades verbales; prefieren caracterizarlo por sus motivos, argumentos, ambientaciones o personajes, o por su finalidad moral o inmoral» (2022: 42).

<sup>4</sup> Véase a este respecto *Anticlericalismo y literatura en el siglo XIX* de José Luis Molina, especialmente el capítulo V (1998: 263-291).

Este copioso debate, ora escudado por el liberalismo ora por el tenaz tradicionalismo católico, produjo todo un elenco de opiniones, las cuales, en algunas ocasiones, llegaron a provocar exaltadas críticas, como las que Antonio de Valbuena dirigiera a Menéndez Pelayo; enardecidas invectivas como al marqués de Valmar, al marqués de Molins o al conde de Cheste; no siendo de menor enjundia sus acaloradas réplicas a Sivela, Pardo Bazán, Cañete, Cánovas del Castillo, Unamuno, Menéndez Pelayo, Galdós o al mismo Clarín, entre muchos otros.<sup>5</sup> Los mismos periódicos ya fueran de talante progresista, moderado o incluso conservador fueron por igual pábulo de las críticas católicas por causa de sus trasgresiones morales y exceso de adoctrinamiento. Con respecto a los progresistas opinaba Valbuena en «La correspondencia» que infundirles «sentido común, acierto para juzgar y discernir las cosas, *criterio*, en una palabra, es empresa demasiado superior a las humanas facultades» (1892a: 15).<sup>6</sup>

La génesis de estos ataques se halla en la feraz lucha contra el liberalismo,<sup>7</sup> como demuestra la obra *El liberalismo es pecado* que Félix Sardá publicará en 1883 por entregas en distintas publicaciones pe-

---

<sup>5</sup> Véase a este respecto los trabajos de Joaquín Serrano Serrano (1990: 151; 1990, 2006 y 2007: 405-442) y la introducción de Nieves Algaba (2001: 13-41).

<sup>6</sup> De sumo interés para poder entender esta guerra ideológica contra el liberalismo, es el caso tercero «De la cooperación del liberalismo por medio de los periódicos liberales» (62-121) recogido en el libro *Casos de conciencia* de 1886 en el que se advierte de los pecados de la cooperación tanto directa como indirecta con los periódicos liberales y se indica cómo poder reconocerlos. Con el mismo propósito se publicaron novelas de casos y advertencias como *Triunvirato: (casos de conciencia acerca del liberalismo)* de Francisco Antich e Izaguirre publicada en 1901.

<sup>7</sup> Como afirma Rodríguez Hernández, durante el periodo de 1870 a 1876 aparecerán publicaciones «con el único objetivo de combatir a la Internacional o al Socialismo». Los Ateneos de Madrid y de Barcelona albergarán en 1873 conferencias en las que analizarán «los problemas sociales, destacando la importancia y el peligro que para la sociedad comportaba la difusión de las ideas internacionalistas» (1990: 13). De tal importancia que el mismo Cánovas del Castillo había debatido extensamente las ideas de la Internacional en sus discursos parlamentarios (1884: 361-451). El *Syllabus errorum* de Pío IX (1864) concede especial importancia en el apartado cuarto al socialismo y al comunismo, y a las sociedades clérico-liberales, de las que ya había manifestado su reprobación en la encíclica *Quanto conficiamur moerore* de 1863.

riódicas<sup>8</sup> antes de su publicación en libro al año siguiente.<sup>9</sup> Las disputas políticas -recordemos la escisión del Partido Carlista y la fundación del Partido Integrista o Partido Católico Nacional por parte de Ramón Nocedal en 1888- condujeron en estos años -y más aun teniendo en cuenta la derrota en 1876 de los Carlistas y el giro doctrinal posterior de Carlos de Borbón Austria-Este, motivo de condena por parte de los integristas-, a trifulcas ideológicas con los católicos que apostaban por la existencia de un liberalismo conservador católico que venía a contradecir los postulados de la encíclica *Quanta Cura* de Pío IX de 1864 y su anexo *Syllabus errorum* en el que recogía los ochenta errores de la sociedad liberal de la época, destacando la proposición X «Errores referentes al liberalismo moderno (79-80)», y en el que se aprecia esa crisis por la que atraviesa la Iglesia católica desde finales del siglo XVIII y que intenta resolver en medio de un mundo heterodoxo y cambiante, atacando con vigor al liberalismo y recordando a los católicos de las consecuencias del *liberalismus hodiernum*.<sup>10</sup>

---

<sup>8</sup> Téngase en cuenta la briosa actividad de la prensa católica de corte carlista desde los años 60, con publicaciones como *La Constancia* (1867-1868), *La Convicción* (1870 y 1873); *El Correo Catalán* (1876-1985); *El Siglo Futuro* (1875-1936); *La España Católica* (1874-1875); *La España* (1876); *La Unión* (1882-1887); *La Unión Católica* (1887-1899); *La Fé*, (1875-1991) o *El Fénix* (1879 y 1881). Mención aparte es la de *La Ilustración Popular Económica* (1869-1879) que además incluía una novela por entregas de espíritu católico perteneciente a la *Biblioteca Moral*, intentando así durante esta década combatir con las novelas por entregas de los periódicos liberales. De esta buena novela católica por entregas Antonio de Valbuena destacaría en su estudio «La novela» de 1878 las publicadas por *La Ciencia Cristiana* así como *La Familia Cristiana*, colección dirigida por Pérez Dubrull (1804-1891) y orientadas a los jóvenes, publicando novelas de Fernán Caballero, Nombela, Selgas, Valentín Gómez, Francisco Cutanda.

<sup>9</sup> Véase a este respecto el estudio preliminar a la edición de *El liberalismo es pecado* de Solange Hibbs-Lissorgues (2009: s.p.).

<sup>10</sup> En sus interesantísimas *Cartas sobre el liberalismo*, curiosamente con prólogo de Félix Sardá, y publicadas a principios del siglo XX en *La Semana Católica*, Joaquín Torres arremeterá asimismo contra el *librepensamiento*: «Yo ya sé que prácticamente significa pensamiento emancipado de la fe, pensamiento sublevado, rebelde, insurrecto contra el divino Maestro Jesucristo: pero no lo dicen por lo claro» (1902: 16).

El periódico satírico semanal *El Motín*, por ejemplo, se congratulaba el 24 de junio de 1888 de las desavenencias y divisiones partidistas del carlismo, al ser acérrimos enemigos de este y además anticlericales, mas se lamentaba de la situación política del momento en la que triunfaban los *Pidales* frente a los *Nocedales*, los *Cánovas* frente a los *Moyanos*, y los *Casterlares* y *Salmerones* frente a los *Ruiz Zorrillas*, alegando que tales triunfos demostraban

que hemos llegado todos a un grado de envilecimiento tal, que la mixtificación y el acomodamiento imperan sobre la verdad, y la intransigencia y la astucia dominan a la fuerza. A la fuerza, sí. Nocedal, mal que pese a sus enemigos, tiene por cómplices de su rebeldía (como llaman a su digna y honrada actitud) a todos los carlistas que no están contagiados del virus mestizo, y prefieren caer abrazados con su inmaculada bandera a triunfar anulando o mixtificando uno solo de los principios que sustentan. (1888: s.p.)

Reveladora es la estrofa que acompaña la ilustración de este artículo que representa de forma sarcástica a Nocedal y a Carlos de Borbón luchando por el pendón cuyo lema reza «Dios, Patria y Rey»:

Quiere quitarle el pendón  
porque se hace liberal;  
pues resulta, en conclusión,  
más carlista Nocedal  
que D. Carlos de Borbón. (1888: s.p)

Desde 1888 el periódico *El Siglo Futuro* -fundado por Cándido Nocedal en 1875- y en el que colaboró Antonio de Valbuena hasta febrero de 1883,<sup>11</sup> se convertiría en el púlpito de la oratoria integrista. En esta cruzada contra el liberalismo y asimismo contra los católicos y carlistas partidarios de La Unión Católica -partido fundado

---

<sup>11</sup> Según recoge *El Imparcial* en su sección «Miscelánea política» el 11 de febrero de 1883 se separaba de la redacción de *Siglo Futuro* debido a un problema interno con el Sr. Morales; citando a su vez el 20 de febrero de mismo año un recorte de *El Progreso* en el que se explica la «parte íntima que completa» su separación de la redacción de *El Siglo Futuro*.

por Alejandro Pidal y Mon en 1881 y que años más tarde terminaría uniéndose al partido liberal-conservador de Cánovas- se acentuaron los ataques en la prensa afín dando lugar a la publicación además de ensayos sobre el carácter impúdico del liberalismo, tales como *El liberalismo es pecado de herejía* de Antonio Fernández Moya (1885); de Eduardo Llanas ¿Es pecado el liberalismo? (1888); de Félix Sardá *El liberalismo casero* (1897) o *De cómo el liberalismo es pecado* de Jean-Joseph Gaume (1901); destacando a su vez ensayos como el de Ramiro Hernández Valbuena *La luz del Vaticano* en el que se analizan los principales errores de la época y quien resumía de forma esclarecedora todos esos ismos perniciosos de la siguiente manera:<sup>12</sup>

El naturalismo en filosofía se llama racionalismo, en la ciencia positivismo, en política y legislación liberalismo, en economía libre cambio, en enseñanza escuela neutra y en religión deísmo. Todo ello no es sino un solo error aplicado diversamente, conforme a las exigencias y naturaleza del objeto sobre el cual versa; un solo monstruo con varias cabezas [...]. (1888: 32)

Esta cruzada no solo se orquestó para tratar de deslustrar la literatura liberal y anticlerical sino también la prensa liberal -el gran actante de la segunda mitad del siglo XIX- como bien se puede apreciar en las adustas palabras de Francisco Antich e Izaguirre en su obra *La colaboración en los periódicos mezcolanceros* (1901):

Oremos por esos hombres futuros, muertos para la regeneración de la patria, por esos cadáveres cuyo sepulcro es

---

<sup>12</sup> Durante todo el siglo XIX el tema del liberalismo y la moral fue tema de escarnio: *Consecuencias funestas del liberalismo en puntos de moral y religión* de Ezequiel Salamanca (1814); *Veinte y seis cartas al Señor Marqués de Valdegamas* de Nicomedes Martín Mateos (1851); *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* de Juan Donoso Cortés (1851); *El liberalismo y la democracia: consideraciones sobre la posibilidad de un cambio radical en el gobierno monárquico de España* de Miguel Blanco Herrero (1855); *La religión, la sociedad y el liberalismo* de José Pallés y Llordés (1869) o los artículos publicados en *La Ciencia Cristiana* e impresos en libro en 1882 por Juan Manuel Ortí y Lara, *La última etapa del liberalismo católico*, en los que acusaba al periódico *La Unión* de ser fautora del liberalismo, son un buen ejemplo de la vital trascendencia de tal debate.

su liberalismo y cuya mortaja es el periódico que les forma intelectual, moral, individual y colectivamente... (1901, 25).

Antonio de Valbuena no perdería oportunidad alguna para criticar a la prensa liberal, ya fuera a *El Imparcial* o *La Correspondencia*, poniendo sobre aviso al lector en 1880 no ya de lo pernicioso de las noticias de sus columnas sino de los mismos folletines

que suele ser alguna novela impía y obscena. [...] Porque el que *La Correspondencia* tenga tantísimos lectores habituales, nada prueba en contrario: el doctor Ezquerdo y el sentido común están conformes (aunque no sea más que por esta vez) en afirmar que los tontos no enloquecen nunca. (1892a: 23)

Las viscerales críticas de Antonio de Valbuena motivadas por su tenaz integrista católico y en defensa de las causas carlistas, -como diáfananamente expresara en su *¡Sursum Corda!* «el catolicismo es la única solución satisfactoria de todas las cuestiones sociales, religiosas o políticas» (1870: III)-, le condujeron a combatir la Revolución gloriosa, pues cualquier falta de acción ante los liberalismos la consideraba «criminal» (1870: IV). Este combate lo llevaría a cabo, tras la Tercera Guerra carlista, a través de su acre pluma una vez que la política le cerrara sus puertas (Serrano: 2006: 56-60; Nieves Algaba: 2001: 18), convencido de que el liberalismo era el «desarrollo natural del protestantismo» (1870: 9) y de que la lucha había de llevarla a cabo a través de la prensa y de la literatura. Esta lid le indujo incluso a colaborar en periódicos de corte liberal como *El Imparcial* por ser, según el mismo Valbuena, el «que más circula [...]». Le tomo como medio de publicidad exclusivamente» (cit. en Nieves Algaba: 2001: 21).<sup>13</sup> La posibilidad de infiltrarse en los periódicos liberales lejos de ser una incongruencia, fue, al igual que adoptar el género de novela para adoctrinar al lector, una forma de combatir ideológicamente las tendencias del liberalismo y el concepto de la moral en la literatura.

---

<sup>13</sup> Para una comprensión más profunda de la vida de Antonio de Valbuena pueden consultarse los trabajos de Nieves Algaba (2001: 13-41), Joaquín Serrano (1981: 101-106 y 2007: 25-232).



«Nuestros escritores» *Madrid Cómico*  
(15.05.1886: 1)

## La moral y la literatura

En su ensayo crítico «De la moralidad en el teatro» (1860)<sup>14</sup> contestaba Juan Valera, utilizando el seudónimo ‘Padrino’, a la polémica suscitada por ‘El descontentadizo’ -supuesto responsable de la sección Teatros de *El Cócora* quien es cesado por su aparente negativismo para con el teatro de la época y sustituido por el «Padrino»-; contestaba Valera, decía, a la polémica sobre la inmo-

<sup>14</sup> Valera publicó este artículo en la revista satírica *El Cócora* en 1860 en la sección Teatro VII, revista en la que «colabora con gran asiduidad [...] a instancias de su fundador Andrés María Segovia» (Rubio Cremades: 2003: s.p), firmando con el seudónimo «Padrino» -seudónimo que junto a «El Rancio», «Mengano» («Estelas periodísticas en la obras de Valera»: 1956: 220), «Currita Albornoz», «Un aprendiz de helenista» o «Eleuterio Filogyno» (Hartzenbusch: 1904), entre otros, darían firma a alguno de sus escritos-, y que formó parte de *Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días* de 1864.

ralidad del teatro de la época, razonando que, sin negar él que el teatro debía ser escuela de costumbres, no debía ser, sin embargo, una «cátedra de moral que le quite al púlpito o que comparta con él, en las sociedades católicas, el magisterio de las obligaciones y de las virtudes» (Valera: 1884: 288); y considerando, asimismo, el teatro en España, salvo algunas excepciones, como «honesto recreo», se quejaba de que «los miramientos, las delicadezas y la mayor cultura» del siglo decimonónico hubiesen «puesto algún freno a la licencia» (289). En *La entrada en el mundo*, recordemos, se declaraba al teatro como

uno de los medios más adecuados y poderosos, entre los innumerables inventados por el espíritu maligno, para falsear la verdad y corromper las costumbres. [...] el genio destructor del filosofismo contemporáneo debía naturalmente utilizar este medio tan eficaz para infundir en la mente y el corazón del pueblo las ideas disolventes, y los sentimientos perversos con que se afana a destruir el reino de Jesucristo y el imperio de su Iglesia. (1883: 151)

Y si Antonio de Valbuena (1878d: 46) consideraba que la novela no debía ser ni un tratado de la inteligencia ni tampoco de la necesidad, sí había de procurar inculcar gentilmente a los lectores los valores del bien, la virtud, y las nobles afecciones, y que, a su vez, en su fin moralizador no debía la novela parecer una homilía.

Negaba Juan Valera, por consiguiente, que el teatro, a pesar de que no debía ofender a la moral, hubiera de conducir a un fin moral, que hubiese de sostener una tesis, para deslindar así los fines del arte y la ciencia:

El fin del arte es la creación de la belleza. El instrumento de que para esta creación se vale es la imaginación, a la cual se unen sin duda el recto juicio y el sentimiento moral, pero como auxiliares. El fin de la ciencia es la investigación de la verdad [...] solo el entendimiento la halla y la demuestra. (1884: 290-291)

En su reflexión asimismo sobre sí, primera tendencia, la novela debía tender a la instrucción, la moralización y al deleite, o solo debía tender a este último, segunda tendencia, sostenía férreamente Valbuena que:

Los defensores de la belleza en la forma y del cultivo del arte por el arte, que constituyen lo que pudiéramos llamar el *naturalismo* en la estética, son los mantenedores natos de la segunda tendencia, como que de otro modo no podrían ni enunciar en serio sus doctrinas. Pero al defenderlas, caen necesariamente en aberraciones funestas y en contradicciones palmarias. (1878d: 45)<sup>15</sup>

Al ser para Valera el drama, en consecuencia, arte y no ciencia, planteaba que tanto la sabiduría como la belleza y la verdad al elevarse en búsqueda de lo perfecto «coinciden y se confunden», empero en los hombres «este punto sublime de coincidencia» no suele darse, habiendo de «aspirar a él, buscando la virtud en sus acciones y la verdad en sus estudios científicos», mientras que «en el arte solo deben aspirar a él, buscando la hermosura» (1884: 292). Menester es recordar que en su ensayo sobre el concepto de la belleza y en su relación con el arte sostenía que siendo esta el resplandor de la bondad intrínseca y al estar la belleza frecuentemente

turbia, confusa y mezclada con impurezas y fealdades en lo real, ha nacido el arte, por cuya virtud el espíritu humano saca la belleza de las cosas naturales, y ajustando la idea que

---

<sup>15</sup> Francisco Antich e Izaguirre en su novela de casos *Triunvirato* (1901) exponía el debate entre los católicos liberales y los católicos sobre la situación de la moral en el teatro. Tras la contestación de Doña Nicolasa, en consonancia con las directrices nocedalistas, a D. Pascual, católico-liberal quien argumenta que «hay que vivir en el mundo y hay que darle al mundo lo que le pertenece», expone el hijo de esta su idea de arrendar un teatro para dar «funciones morales y contrarrestar la demoleadora campaña que hacen los teatros del día [...]. -Escogería cómicos decentes; atraería al público con variar de continuo las obras; el lunes lo destinaría al teatro clásico serio; el martes, al moderno, de drama; el miércoles, al de comedia; el jueves, al clásico de sainete; el viernes, al moderno jocoso; y el sábado, a estrenos; y no repetiría ninguna función. Veríamos si así también huiría el público, de lo bueno» (34-35).

concibe de ellas a su concepto universal de la belleza, y revistiéndola luego de forma sensible, con sonidos, palabras, colores, mármol o bronce, crea las obras de arte. (1947b: 1462)

Antonio de Valbuena, por otro lado, al identificar la inteligencia, la voluntad y el sentimiento con la verdad, el bien y la belleza respectivamente, concluye que «que no puede una cosa ser bella, si no es al mismo tiempo verdadera y buena, porque una belleza falsa y mala no es tal belleza», dado que el arte debía ceñirse

al mismo tiempo que a las leyes de la belleza, a las de la verdad y del bien, para que, al paso que deleiten, instruyan y moralicen, al paso que cautiven el sentimiento, enseñen algo a la inteligencia y muevan hacia el bien la voluntad. (1878d: 45)

Asimismo, al hablar sobre la finalidad de la novela a propósito de la obra de Pereda, llegaría a afirmar Valbuena que el fin de toda obra artística es «elear el alma hacia lo infinito, llevar el hombre a Dios por el sentimiento, así como por el conocimiento de la verdad le lleva la ciencia» (1879: 474).

El concepto del ideal de la belleza a través del arte -pero de la belleza cristiana (verdad y bien)- sería utilizada por neocatólicos como Gabino Tejado<sup>16</sup> quien pedía a los artistas y a los poetas, dado que «en el campo también de la literatura y del arte [...] quien no está con Cristo, está contra él», que buscasen

en la realísima inexhausta hermosura de nuestra fe patria  
la belleza ideal que perseguís de oficio. A esta Santa Cruzada

---

<sup>16</sup> En su prólogo biográfico a las obras completas Donoso Cortés, explicaba retóricamente Gabino Tejado esa ruptura entre las ideas liberales y el catolicismo «¿cuál es, en resumen, la base de toda filosofía católica, sino la condenación del racionalismo? ¿Cuál es su condición primaria, sino la de tomar como criterio de todas las certezas, como guía y fundamento para la solución de todas las cuestiones filosóficas, el dogma y la doctrina de la Iglesia?» (1854-1855: L). Véanse sus ensayos sobre la Revolución gloriosa *Toda la verdad sobre la presente crisis* (1868) y *La solución lógica en la presente crisis* (1869), así como una de sus obras más representativas del debate entre el integrista y el liberalismo católico *El catolicismo liberal* (1875).

es llamado vuestro ingenio por todo cuanto nos circunda, mortal enemigo, en la edad presente. A ojos vistas el muerto paganismo intenta renacer en la Familia, en la Escuela, en el Estado, en el contexto pleno de nuestras leyes y de nuestras costumbres. Desviad al menos vosotros de ese camino de muerte el culto de la belleza. (1881: 38-39)

En 1880 en el prólogo a su traducción de *Dafnis y Cloe* de Longo, arremetía Valera contra quienes juzgaban esta novela griega como inmoral, considerando que «sería no menos justo tildar de poco decentes algunas escenas de *Dafnis y Cloe*» como hacerlo sobre el Apolo de Belvedere o la Venus de Milo, pues como defiende -valga tan larga cita para comprobar los distintos niveles de inmoralidad-:

Toda la culpa, si la hay, está en el desnudo. Vestidas, y bien vestidas, están Fanny, Madame Bovary, *La Mujer de fuego*, *La Dama de las Camelias* y otras mil heroínas del día, y son harto menos honestas que Cloe. Inmensa, pongamos por caso, es la distancia entre Cloe, que ama a Dafnis sin ningún interés y por él mismo, y jura serle fiel y le es siempre fiel en vida y en muerte, y la heroína de Goethe, Margarita, a quien las damas más púdicas admiran, no ya a solas, en su estancia, donde no es pública la desvergüenza, sino en pleno teatro, por lo menos haciendo gorgoritos en italiano, y en cuya seducción interviene, no obstante, el incentivo de la codicia, el regalo de las joyas, y donde ella, para estar con más descuido en los brazos de su amante, da a su madre un narcótico, y para ocultar su pecado, mata a su hijo. Todo lo cual no impide que Margarita sea admirada como criatura angelical, modelo de ternura y de otras virtudes, y que se vaya derecha al cielo, sin media hora siquiera de purgatorio, y que después interceda con la Virgen María para llevarse también por allá al bribonazo del doctor Fausto, [...] Al lado de Fausto, al lado de gran parte de los más celebrados de los libros modernos, es inocentísimo el que traducimos. (Valera: 1880: XIX-XXI)<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup> La traducción de esta novela de *Dafnis y Cloe -ars erotica-*, no quedó exenta de críticas por una parte de la sociedad intelectual decimonónica, como demues-

Para Valera la moral estaba al servicio del arte, el arte no estaba al servicio de la moral; pues al estarlo su libertad, su prerrogativa, su naturalidad e incluso su osadía, quedaba maniatada por las pujanzas sociales de turno.<sup>18</sup> Es en este contexto en el que hay que entender que Valera gustase de las nuevas tendencias poéticas de Rubén Darío y que solicitara de su presencia en sus tertulias (Goñi: 2017: 335, y ss.). No es de extrañar tampoco que Antonio de Valbuena arremetiera de forma tan severa en sus *Ripios Ultramarinos* (1896: 83-97) contra los elogiosos comentarios a *Azul* que le había dispensado Valera en su *Cartas americanas*.<sup>19</sup> Ataques estos debidos a su posicionamiento político, sus ideas sobre la belleza en la novela, y su visión de que la novela no debía ser *tendenciosa*, compartiendo esta postura con Menéndez Pelayo. Aun así, Valbuena consideraba en su reseña a *Pepita Jiménez* de 1879, por ejemplo, que Valera había conseguido llevar a cabo una novela *doctrinaria*:

con todo el bien necesario para servir de pasaporte al mal:  
con todo el mal preciso para contrarrestar el bien y esterili-

---

tra Pura Fernández (1997: 154 y ss.), en pleno debate sobre la moral en la literatura.

<sup>18</sup> La moral fue un tema recurrente en sus ensayos, artículos y críticas, en los que aprovecharía de forma elegante para reflexionar sobre sus tornadizos valores y defender la libertad estética y de asunto de la literatura. De referencia son, entre otros, sus artículos y ensayos «Naturaleza y carácter de la novela» (1860), «Qué ha sido, que es y qué debe ser el arte en el siglo XIX» (1861), «La libertad en el arte» (1867), «Revolución y libertad religiosa» (1869) «De la perversión moral de la España de nuestros días» (1876), «Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas» (1886-1887), «Disonancias y armonías de la moral y de la estética» (1891), «La moral en el arte» (1896) o «Sobre la novela de nuestros días» (1897), «La religión y la moral» (1902).

<sup>19</sup> En su crítica a la novela *Pequeñeces* y citando a Pardo Bazán quien censuraba la diatriba social y moral de la novela del Padre Coloma, diría Valera que él no creía que tal diatriba fuese «ajena al arte» (1949c: 851). Lo que no es aceptable para Valera no son los valores morales defendidos en *Pequeñeces*, sino que estos fueran el propósito de la misma. Coincidiendo pues con esas ideas debatidas en El Ateneo y que Valera resumía en su artículo «Qué ha sido, qué es y qué debe ser el arte en el siglo XIX» en 1861: «El fin moral, el propósito científico o filosófico que el artista se propone a veces al realizar una obra, debe ser considerado como cosa secundaria» (1949b: 221).

zarle: con todos los encantos y atractivos que pudieran hacer amable la lectura. Así es que ha tenido gran éxito. (1893: 150)

Las primeras noticias del interés de Valera sobre la crítica de Valbuena aparecen en dos cartas fechadas el 12 de marzo de 1883 y el 17 de abril del mismo año, al preguntarle a Menéndez Pelayo quién era «un tal Venancio González que escribe ahora artículos -demasiado chistosos y picaruelos- sobre crítica literaria»,<sup>20</sup> añadiendo que queriendo enmendar a Clarín «no atina bien» (2004: 492); y reiterando la pregunta en la siguiente misiva añadiendo que escribe en *El Progreso* y que «pone a Valmar como un regalado trapo» (2004: 504). Es de asumir que Valera no conocía el artículo que Valbuena había publicado en *La Ciencia Cristiana* sobre su *Pepita Jiménez* en 1879 aprovechando la impresión de la quinta edición de la misma.

A tenor de las pocas veces que lo mienta en sus cartas, el tono y las ideas críticas de Valbuena no son del agrado de Valera quien al mencionar en una carta a Menéndez Pelayo el 22 de febrero de 1894 el tono «grosero y descomedido» de un trabajo crítico de Harrisse, añadirá irónicamente que le parecía digno de haber sido firmado por el propio Escalada (Juan Valera: 2006: 643). De tal guisa serían sus comentarios sobre las críticas de Valbuena al Diccionario de la Academia y los académicos;<sup>21</sup> de «invectivas pueriles» juzgaría Jorge Hunneus Gana las críticas de Valbuena a reputados escritores e intelectuales decimonónicos (Valera: 1947a: 349). Estas desavenencias no cesarán nunca, y Valbuena se burlará en sus *Ripios ultramarinos* de que los poetas modernistas dedicaran algunos poemas tanto a Valera como al mismo Menéndez Pelayo (1894: 19 y 21-22, respectivamente).

La visión liberal de la novela, al servicio en el último tercio del siglo XIX de esa homología entre el universo real y el ficcional y a la que la burguesía fue tan dada, se contraponía a la visión católica que denunciaba específicamente los vicios y corrupciones de esta práctica narrativa. No obstante, y a pesar de su tácito rechazo a este

<sup>20</sup> Antonio de Valbuena y Gutiérrez (1844-1929) utilizó los seudónimos Juan Paseante, Venancio González, Miguel de Escalada.

<sup>21</sup> A Clarín le resultaron de agrado sus críticas a la Real Academia, como demostró repetidas veces en sus *Paliques* en el *Madrid Cómico* en 1885 y 1886. Sobre la evolución personal entre Clarín y Valbuena véase el estudio de Serrano (2021: 505-545).

género literario terminarían adoptándolo en su replanteamiento de los métodos de inculcación y doctrina católicas en la sociedad.

### **«La novela. Lo que ha sido. Lo que es. Lo que debe de ser»**

En las páginas de *La Ilustración Católica* del número 25 correspondiente al 20 de enero de 1878, publicaba Antonio de Valbuena la primera de las cuatro partes que conformarían su estudio crítico «La novela»,<sup>22</sup> y que llevaría por subtítulo el muy significativo «Lo que ha sido. Lo que es. Lo que debe de ser». Un texto crucial con el que Valbuena sienta las bases de su idea de lo que debía ser la novela en un contexto marcado por el liberalismo religioso, político, social y económico.

Antonio de Valbuena manifiesta explícitamente que la novela tanto «por la influencia que en la vida particular y social ejerce y ha ejercido [...] sin gran pena le veríamos borrado» alegando que «cuantas menos novelas se escribieran y cuantas menos se leyeran sería mejor [...] aunque nos parezca menos malo para la mayoría de las personas no leer ninguna que leer las mejores» (1878a: 19). El mismo Félix Sardá al hablar sobre el matrimonio se lamentaba de que el positivismo materialista y el idealismo sentimental hiciese de él «un mero contrato mercantil» o que los convirtiese en un «drama o capítulo de novela» (1897: 34), argumentando que la inspiración que habría de guiar a la correcta elección del esposo o de la esposa debía ser la oración y no la del negocio ni la de la novela (1897: 42). A pesar de la connotación peyorativa que tuvo pues el término novela en la prensa y crítica católicas, y de su sostenido rechazo coincidiendo con la aparición de la novela nacional o realista, la cual seguirá siendo motivo de oprobio durante las siguientes décadas, la Iglesia ve en la novela, siempre y cuando cumpliera con las perceptivas exigencias morales, una oportunidad para producir, frente a las novelas perniciosas, esas otras, como comenta Solange Hibbs-Lissorgues, *buenas novelas*

---

<sup>22</sup> La segunda parte se publicaría el 27 de enero, la tercera el 3 de febrero y la cuarta y la última el 10 de febrero de 1878 en *La Ilustración Católica*.

con una ficción ideológicamente inocua y de utilizar el molde novelesco para transmitir una enseñanza conforme a los intereses de la Iglesia. Aunque habría que esperar a los años 80 para que se produjera de manera más definitiva la legitimación del género novelesco [...] (1996: s.p).

Para contrarrestar la influencia que ejercía la novela liberal en los jóvenes proponía Valbuena por un lado tratar de «apagar en la juventud la inmoderada afición a las novelas, y por otra, suministrándola novelas buenas», definiendo estas como «las que se ajustan a los preceptos que a este género literario imponen de consuno la moral y el arte», y por novela «la narración sencilla de una acción artísticamente verdadera, es decir, verosímil, encaminada a producir en los lectores mejoramiento, instrucción y deleite» (1878d: 45). Por narración sencilla entiende Valbuena la de una acción rudimentaria pero coherente, determinada y completa, y que los sucesos tengan unidad y estén íntimamente unidos. El lenguaje de la novela debía ser digno y sencillo de ahí que cargue contra la prosa y la poesía altisonante, vacua y sensual de los escritores americanos -a los que despectivamente denomina en su trabajo crítico «Una Revista Literaria» *americanitos* (1899: 175)- o contra las novelas por entregas que consumían las clases populares.

Aborda asimismo Valbuena el tema del realismo y el idealismo en este ensayo crítico al centrarse en lo que debía ser la acción y los personajes, y alega que si por realismo se entiende la ruda copia de los defectos del ser humano y por idealismo representar de forma natural lo que es un desatino, la novela no puede pues ni ser realista ni idealista sino que ha de ser a su juicio «realidad idealizada» (1878d: 45), la cual ha de acarrear una finalidad que conduzca al lector a través de la belleza hacia la verdad y el bien, como comentaba anteriormente. En su reseña de 1878 sobre la novela *El buey suelto* de Pereda incidía de nuevo sobre el realismo diciendo que «el copiar a la naturaleza, no es el arte; pero el imitarla idealizándola, es el arte, y el imitarla e idealizarla con perfección, es la perfección del arte» (1878e: 168).

Alababa Valbuena la novela *Pepita Jiménez* por estar «originalmente pensada y hartamente bien escrita», pero criticaba con dureza el carácter doctrinario de la misma «como por castigo de la escéptica frivolidad de que hace pecaminoso alarde» (1893: 152), cuando

asienta que las malas lecturas no hacen daño, ni la perversión de las ideas tiene parte en la perversión de las costumbres; o cuando afirma que la vinculación era injusta y ridícula; o cuando lanza la bárbara afirmación de que ciertas cuestiones no tienen más arreglo que un desafío, es decir, que no hay más remedio que quebrantar la ley de Dios, o en otros términos, que la ley de Dios es imposible de cumplir; o cuando diserta profusamente sobre los dos sistemas de educación de la juventud, el de prudente aislamiento y el de libertad amplia, decidiéndose, como era natural, por el más malo; y en fin, cuando presenta en cada hoja otras muchísimas teorías de la misma laya, protegidas y amparadas por sofismas, unas veces más y otras veces menos deslumbradores. (1893: 152-153)

Esas *buenas novelas* -publicadas en colecciones como «Biblioteca del hogar» de la Librería y Tipografía Católica, del estilo de *Una madre como hay muchas: escenas de la vida cotidiana: novela original* (1897) de Francisco de Paula Capella-, requerían, no obstante, de la aprobación de la autoridad eclesiástica pertinente incluso bien entrado el siglo XX, como bien se muestra en la novela *Luz de sol* de Matilde Troncoso de Oiz (1901) o *Cuentos azules* de Miguel Álvarez Chape (1909).



VICARIATO GENERAL  
DE LA DIÓCESIS DE BARCELONA



Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse la novelita titulada: *Luz del Sol*, por D.<sup>a</sup> Matilde Troncoso de Oiz (Raquel), mediante que de nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final de la novelita, y entréguese dos ejemplares de ésta, rubricados por el Censor, en la Secretaría de Cámara y Gobierno de este obispado.

Barcelona, 13 de Septiembre de 1900.

El Vicario General  
José PALMAROLA.

Por mandado de Su Señoría  
LDO. JOSÉ M.<sup>a</sup> DE ROS, Pbro., *Scrío.*

Esta encrucijada en la que se hallaban las fuerzas católicas que intentaban llegar por medio de la novela a una sociedad en vías de secularización -sin haber visos de un Estado secular y mucho menos laico, entendido este como libertad de conciencia- justifican las palabras de Cándido Nocedal en su contestación al discurso de la recepción de Gabino Tejado a la Real Academia Española de 1881, con las que imploraba a los literatos a que, a pesar de que la ciencia moderna sostuviera que no hay nada superior al hombre, debían ser ellos, los poetas, dramaturgos y novelistas, los que rompieran

denodadamente las ignominiosas cadenas con que las doctrinas racionalistas y materialistas atan el ingenio al polvo de la tierra; dad vosotros señal del espíritu creador que os anima, y empujando hacia lo alto la mente y el corazón de vuestro siglo, salvad de la barbarie al pueblo de Cervantes y Calderón. (1881: 68)

Lejos de ser esta rogativa fruto de esa exageración, de ese tono, como Valera irónicamente definía en 1864, «hiperbólico y extremado que tanto en la censura como en el elogio suele por lo común usarse en España tanto» (1949a: 1405), las palabras de Nocedal están en consonancia con los juicios crítico-literarios de Antonio de Valbuena, como lo serán a su vez con los juicios de Sánchez de Castro, Nulema, José Ferrándiz o Valentín Gómez, entre otros, que tanto en *La Ilustración Católica* como en *La Hormiga de Oro*, *La Ciencia Cristiana*, *La Revista Católica de las Cuestiones Sociales*, *La Lectura Dominical*, *El Movimiento Católico*, *El Consultor de Párrocos* o *La Luz Católica* poblaron sus páginas.

A pesar, decía, del carácter peyorativo que tiene la novela como forma de expresión y debido al éxito que acaparaba sobre todo entre los jóvenes -esto es, los que por su falta de experiencia eran más proclives a tan mala influencia-, el tradicionalismo ideológico ve la necesidad de contrarrestar esa idea de la belleza pagana y poner en manos de los jóvenes una novela con moldes bien delimitados con los que guiarles a la búsqueda de la belleza de la verdad y de Dios. No en vano se advierte en *La entrada en el mundo* que ese hombre-dios del panteísmo utilizaba la literatura y las bellas artes «como a ministros dóciles de todos sus apetitos bestiales, y como a órganos

de fantasía, destinados a divinizar sus pasiones y sus vicios» (1883: 191). Alejar de tales vicios y pasiones a los lectores a través de la ficción será la razón por la que los tradicionalistas empiecen a percibir a finales de los 70 esa necesidad de intentar controlar un género literario generador de filosofías corruptas llevadas a cabo «por el espíritu de perversión sistemática que [...] caracteriza el siglo presente» (*La entrada en el mundo*, 1883: 153), y auspiciadas por el tercer grado del liberalismo, definido por José Fernández en *El Syllabus de Pío IX* como «predicar y creer al Estado superior a la misma Iglesia» (1905: 360). Esto es, la novela es percibida como el arma de difusión del Estado liberal. Como Benoit advertía al lector en el Artículo III «Refutación de los demás errores del sistema semiliberal» de su obra *La ciudad anticristiana en el siglo XIX*:

Se perseguirá a un malhechor que confeccione o distribuya venenos perjudiciales a la vida del cuerpo; y enjambres de escritores componen cada día sutiles venenos que llevan la muerte a las almas; y la codicia o la perversidad despliegan o transportan doquiera escritos impíos o inmorales; y emponzoñan a las humanas generaciones la novela, el diario, la revista. Y después de todo, vienen ciertos católicos a reclamar libertad para este detestable comercio... (1888: 282)<sup>23</sup>

La visión que Valbuena tiene de la novela romántica no le anda a la zaga en toda esta diatriba, pues si la novela de caballerías mostraba a sus héroes con valores meritorios y una laudable moral, la novela romántica, juzga él, es «casi siempre la corrupción o la negación de toda moralidad» propiciando que estos héroes «den rienda suelta a sus malas pasiones, ejecutando actos criminales, de que suelen ser víctimas débiles mujeres o ancianos caducos» (1878a: 20). Las novelas por entregas, asimismo, -recordemos la estimación de Ferreras (1972) de unas dos mil a tres mil que se publican desde 1840 hasta finales de siglo, caracterizadas por lo que él mismo denomina ‘dualismo moral’ (1975: 71)- serán repudiadas por Valbuena, ya que

---

<sup>23</sup> *La cité antichrétienne au XIXe siècle* se publicó en cuatro volúmenes entre 1885-86, y «Los errores modernos», se publicarían en español en dos volúmenes en 1888.

con la llegada de las novelas originales deciden los editores venderlas por entregas -novelas que iban dirigidas a una clase social de muy pocos recursos económicos-, quejándose así del número de publicaciones -«millares de millares», estima (1878b: 28)-; de la poca firmeza de pensamiento de las mismas; y responsabilizando a autores y editores de corromper, de forma más o menos consciente, «a la parte más bella de la humanidad, la juventud» (1878b: 28). La misma clase eclesiástica utilizará posteriormente la novela por entregas como arma arrojadiza sobre la inmoralidad social y gubernativa siendo de reseñar a este respecto *Pequeñeces* del padre Coloma que publicaría por entregas en *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús* entre 1890 y 1891.<sup>24</sup>

La industrialización del libro será a su vez culpable, según Valbuena, de que se vendan novelas *filosóficas* cuya doctrina no es más que el «indiferentismo, el ateísmo y el libertinaje»; novelas de *costumbres* que copian si no recargan esa «triste realidad de la condición humana en sus más horribles manifestaciones»;<sup>25</sup> y novelas *históricas* cuya intención no es sino la de que el lector «se acostumbre a mirar con horror y a aborrecer de muerte aquellas instituciones y doctrinas que debieran inspirarle más entrañable amor y más profundo

---

<sup>24</sup> Una novela criticada por Valera quien en 1891 decía: «Ha querido usted crear algo del género epiceno, y ha salido del género neutro. Ha pensado usted, novelista y misionero a la vez, divertir y aterrar; escribir un libro de pasatiempo que fuera sermón también; una novela-sátira; y las extraordinarias facultades de usted se han neutralizado; y ha resultado que la novela hubiera sido mejor sin ser sátira; y la sátira, mejor sin ser novela; y el sermón, retemejor si no hubiera sido ni novela ni sátira. Yo sigo la opinión de doña Emilia Pardo Bazán, nuestra amiga; y si dejase a un lado, como ella dice, la diatriba social y moral, «aunque gravísima, ajena al arte, y que, a la vuelta de algunos años, nadie tomará en cuenta para apreciar el mérito artístico de *Pequeñeces*, saludaría también a su autor como a maestro [...]» (1949c: 850-851).

<sup>25</sup> Raquel Gutiérrez ha demostrado que la narración costumbrista «testigo de la vida que se desarrolla a su alrededor en las horas del día y que contempla con mirada moral y reformadora» (96), sufre un cambio debido a «das transformaciones que en las ciudades, especialmente en Madrid, implantó la luz». Especificando que «en la década de los 30 el costumbrista es un moralista que vive de día mientras que el escritor de costumbres de los 70 es un cronista de la noche y aunque incluye algunos aspectos de crítica social, sus trabajos se refieren más bien a la denuncia de algunos de los vicios y problemas que acarrearán los ambientes nocturnos» (2022: 104).

respeto» (1878b: 28-30), sin dejar de desaprobador que los diarios políticos siguieran dando al lector traducciones de novelas francesas como las de Ponson du Terrail o Paul de Kock. Esta novela *histórica* será asimismo la causante del desconocimiento de la población poco instruida, pues habiendo dejado de lado los libros de texto leían y aprendían la historia de España en novelas que atentaban contra el buen nombre nacional, el crédito de los estamentos religiosos, el buen nombre de los reyes y de cuantos habían dado a la entidad nacional su honra y su grandeza. Acusando a este tipo de novela de ser el único documento por el que el pueblo socialista se enteraba de la verdadera historia.

Y si la Iglesia es denostada en la novela, no es menos el efecto tan devastador que crea en el corazón y en las costumbres,<sup>26</sup> comentando sobre la novela de costumbres nacional que en ella encuentran «los lectores [...] todo lo contrario de lo que la moral enseña» hallándose en ellas «con los colores más interesantes las abominables encarnaciones del vicio» (1878c: 35). Las descripciones de estos vicios, aunque parezcan necesarias para explicar la incorrecta conducta de los personajes, tiende a extenderse en el curso de la novela de tal manera que sirve de ejemplo a los jóvenes lectores y más aun si estos personajes tienden a tener éxito al final de la misma. Sobre la construcción del personaje femenino argumenta los mismos defectos, esto es, que las cualidades tradicionales de la mujer se describan como exagerada devoción mientras que la frivolidad o incluso la escasez de virtudes conduzcan a esos personajes femeninos al triunfo social. La lectura de estos modelos si bien corrompen a los jóvenes que ansían seguirlos, pueden asimismo corromper a la mujer quien al leer estas novelas encuentra «el buen camino mucho menos fácil, mucho más fatigoso, mucho más áspero» (1878c: 35). La justa proporcionalidad entre el vicio y la virtud será la clave de la novela moral que eduque y que edifique, pues son esos sentimientos de piedad y de virtud los que han de conducir a la verdad y a la belleza

---

<sup>26</sup> Novelas como *Marta, la hija de un jornalero* (1845) de Ayguals de Izco son un buen ejemplo de esas novelas anticlericales que denostaban a la clase eclesiástica durante el periodo isabelino, y que hay que poner en relación con esa tendencia secular de los años 60 que conduciría a la Revolución gloriosa. Para un acercamiento al periodo de 1849 hasta principios del XX, véase el trabajo de Soledad Miranda, *Religión y clero en la gran novela española del siglo XIX*.

cristianas. Cualidad que destacará un año más tarde al reseñar la narrativa de Pereda, pues logra evitar tanto la frivolidad del escritor que no enseña con su novela como el tedioso escritor que solo pretende enseñar (1879: 471). No obstante, esta imperativa proporcionalidad no sería suficiente, puesto que, aun sin darse cuenta de ello, el hecho de que los autores se inclinaran por un final feliz podía dar a entender erróneamente al lector que el materialismo y el liberalismo encarnado en esos personajes -el elemento más pernicioso- podía llevar a la aprobación, la aceptación y la conquista del mundo social de los mismos. La novela para Valbuena habría de ser medida, equilibrio, en la que los bienes materiales no fueran la finalidad, sino que la acción condujera al reconocimiento de un mundo

como temporal cautiverio, y despegando nuestro corazón de la materia corruptible, levantarle a las moradas eternas en alas de la fe y de la esperanza. Así, en toda buena novela, sin que sus personajes sean sistemática y fatalmente desgraciados, deben aparecer sufriendo las penalidades de la vida, y despertar en los lectores el sentimiento de tristeza que, atemperado y endulzado por aquellas virtudes, es uno de los más a propósito para purificar el corazón. (1878d: 46)

Por estas razones los escritores debían evitar exponer a los lectores a ese ente ficcional que pudiera llegar a deformar la realidad del mundo y la razón de la vida cristiana como Vía crucis de la Pasión de Cristo. Valbuena da como ejemplo las novelas del género de *Jaime el Barbudo*<sup>27</sup> que, como lo habían sido las novelas picarescas en el pasado, a pesar de su buena intención al exponer el mal y la inmoralidad, corrompían al lector. Para algunos de estos lectores, influidos por la lectura de las aventuras, el libertinaje y los amoríos de las novelas liberales, el mundo real llegaba a ser inaceptable pudiendo «sin ser singular el caso» (1878c: 35) tomar la vía del suicidio que era, como se avisa en *La entrada en el mundo*, la «última y más desastrosa

---

<sup>27</sup> Publicada en 1832 por Ramón López Soler. Asimismo, Francisco de Sales Mayo publicaría con el mismo título su novela en 1867. Esta historia aparecería de nuevo publicada en 1876. *Historia verdadera del famoso guerrillero y bandido Jaime el Barbudo o sea El terror de la sierra de Crevillente*.

consecuencia de todas las perversiones del corazón y del entendimiento [...]» (1883: 262).

Para evitar estas influencias y poder así penetrar en las almas, la novela y la poesía habían, en fin, de moralizar e instruir deleitando, alejándose de reproducir el pecado, los bajos valores, la degradación humana, y representando un mundo que en su conjunto defendiera la integridad y la virtud humanas (1878d: 46). La novela tenía pues una sola misión ulterior, la de la formación y adoctrinamiento de la sociedad en lucha contra los liberalismos foráneos y en lucha contra el catolicismo-liberal que intentaba aunar el tradicionalismo castizo y el progreso liberal. La narración tendenciosa basada en una sola idea -o *monomanía* como acertadamente utilizó Yvan Lissorgues al hablar de la novela espiritualista galdosiana de finales de siglo (1997: s.p)- fue la menos mala de todas ellas.<sup>28</sup>

De los pocos escritores y novelas afines a esta tendencia, dejaría constancia Valbuena en sus posteriores trabajos críticos publicados en prensa y recogidos algunos de ellos en sus obras más destacadas a pesar de que en estas -*Ripios aristocráticos* (1883);<sup>29</sup> *Ripios académicos* (1890); *Agridulces* (1892-1893); *Des-trozos literarios* (1899); *Ripios vulgares* (1891, 1895 y 1913); *Ripios ultramarinos*, 1893-1902)- se centrara primordialmente en arremeter contra aquellos autores y críticos que no seguían a pie juntillas la poética moral de la novela. De entre los que se salvan de la quema, estarían Fernán Caballero, paradigma de la buena novela, novela de provecho, y de entre ellas destacaba *Lágrimas*, *Una en otro*, *La familia de Albareda*, *Casa cumplida*, *La gaviota*. De Francisco Navarro Villoslada destacaba *Doña Blanca de Navarra* y *Doña Urraca de Castilla*, *Amaya*, que publicó a su vez por entregas en *La Ciencia Cristiana* en 1877-1878.

<sup>28</sup> El término *monomanía* fue curiosamente utilizado por la prensa como sinónimo de hombre-nuevo, de ese hombre positivista capaz de utilizar los pocos recursos innatos para progresar en un mundo liberal, como en el cuento de Peregrin García Cadena *Una víctima del ideal* publicado en enero de 1873 en *La Ilustración Española y Americana*.

<sup>29</sup> Menester es recordar que Valbuena había alabado la sutil crítica de Pereda en su novela *Don Gonzalo González de la Gonzalera*: «el crimen de la sociedad moderna, [es el] de haber vuelto con desdén las espaldas a la antigua aristocracia de las virtudes, para ir a caer de hinojos ante la aristocracia del dinero» (1879: 471).

Mención aparte merece la encomiable crítica a algunas de las obras de José María de Pereda de quien en «La novela» comentaba que sobrepujaba a Fernán Caballero en el gusto y la corrección y destacaba de *Bocetos al temple*, «Los hombres de pro» o «La mujer del César» (1878d: 48). Reseñaría Valbuena *El buey suelto* en *La Ilustración Católica* el 19 de mayo de 1878 destacando esa sencillez de la trama que encerraba «tan profunda verdad artística» que enamoraba y que todos los personajes, desde el médico hasta el ama de gobierno fueran «verdaderos, real y profundamente humanos» (1878e: 167). Teniendo en cuenta el debate sobre la medicina y la aceptación del médico en la sociedad (Goñi: 2022: 19 y ss.), señala Valbuena las cualidades humanas del galeno, quien

procura con interés proporcionar medicina para el alma; que combate elocuentemente en nombre de la ciencia los sofismas de Balzac sobre el matrimonio, y que es la consoladora personificación de los conocimientos humanos cuando alumbra sus vacíos y sus misteriosas oscuridades la luz suavísima de la religión cristiana. (1878e: 167)

Insistiendo al final de la reseña nuevamente en ese elemento humano del médico a quien define como «consumado fisiólogo y buen moralista» (1878e: 168). Señala, no obstante, Valbuena algunos ‘defectillos’ de la novela, recomendando dar menos galas y poner más precaución -vería con buenos ojos desaparecer el cuadro XV-, pues «no ha debido suministrársela tan provista de bellezas y adornos que puedan hacer amable lo mismo que él pretende hacer aborrecible». (1878e: 168). De igual manera teniendo en cuenta ese equilibrio que destacaba Valbuena en su ensayo «La novela», recomienda que incida más en la familia presentado sus cualidades de forma más frecuente y más clara pues «un libro de este rango ha de hacerse con tal maña que no haya quien no pueda leerle con contentamiento y con fruto» (1878e: 168) y concluía Valbuena animando a que siguiera Pereda por esa senda

combatiendo en ese terreno los vicios sociales, hoy que tantos escritores los fomentan, siga empleando el tiempo y el talento en servicio de la religión católica y de la literatura

patria, que no ha de faltarle la satisfacción interior en esta vida, ni la recompensa en el cielo [...] (1878e: 169)

De tal guisa sería su reseña de la novela *Don Gonzalo González de la Gonzalera* publicada en la *Ciencia Cristiana* a la que consideraba como superior y en la que no encontraba ya ninguno de los defectos subrayados en su anterior recensión. La defensa de la *novela patria* -alejada de ese pernicioso realismo, al que infundadamente tendían a enjuiciar la novela de Pereda- a la vez que la defensa de la *novela tendenciosa* -recuérdese su desavenencia con Menéndez Pelayo sobre este aspecto-, conducen a Valbuena a adentrarse de nuevo en los inamovibles postulados que ya presentara en su ensayo crítico «La novela» (1878).<sup>30</sup> Defendió asimismo *De tal palo tal astilla* en 1880, novela que la crítica racionalista *libre-pensadora* había calificado peyorativamente de *tendenciosa* y atacó a los críticos de *El Demócrata*, *El Liberal* y *El Imparcial* por sus agravios ante lo que él consideraba un ataque anticatólico (1892b: 98-99).

Habiéndose separado del estilo de novelas anteriores ensalzó de Alarcón su novela *El escándalo* (1875) -tan criticada por la prensa liberal de la época-, y afirma que si con ella se ganó la admiración de los católicos se ganó «lo que es todavía mejor» (1878d: 48)- el odio de los anticatólicos. Le acusaría, no obstante, en 1882 de «no haber tenido valor para llevar vela encendida en la procesión de restaurar la novela católica, al lado de Villoslada y de Pereda» (1893: 183), al juzgar *El niño de la bola* de esperpento (1893: 181 y ss.) y de haber enterrado su buen nombre como novelista.

Alabó Valbuena además la obra de autores católicos como José Selgas, D. Valentín Gómez, Francisco Cutanda. La *novela buena* fue a su vez una práctica habitual en los folletines como en las secciones de *Lecturas recreativas* de la prensa católica como fuera el caso varias décadas antes, en 1857 de *El Escudo Católico. Periódico religioso-moral, científico-literario* (Viguera Ruiz: 2012: 82-85) o en 1844-1874 de *La Esperanza* (Solange Hibbs, 1995: 47).<sup>31</sup>

<sup>30</sup> Véase sobre este debate Rubio Cremades (2012: 260-261) y Serrano (2021: 507-510).

<sup>31</sup> Véase a este respecto Jean-François Botrel (1982 y 1993).

## Conclusión

Si el primer número de su ensayo «La novela. Lo que ha sido. Lo que es. Lo que debe ser» veía con buenos ojos que el lector se apartara del género de la novela, al concluir este decálogo sienta las bases en cuanto al estilo, la acción, instrucción y filosofía moral de lo que debía ser la *buena novela*, la novela edificante -por utilizar el término de Botrel (1984)- para así poder alejar al lector de las obras panteístas y de la visión del hombre-Dios que corrompía a través de los vicios a la sociedad española en la cruzada contra el liberalismo.

La crítica literaria de Valbuena sobre la novela no pasó inadvertida ya fuera por su honestidad, por su intrínseco posicionamiento moralizador o, las más de las veces, por su desmesurada virulencia. En carta a Clarín, probablemente de 1896, comenta Valera las razones por las que se ha de ser en España benigno con la labor crítico-literaria, poniendo como ejemplo en la cuarta razón de lo que no debía ser al mismo Valbuena:

porque la mala crianza, la envidia y el afán de ganar fama y lectores tratando y ofendiendo brutalmente a todo el que escribe son un aliciente muy grande, que importa no despertar ni excitar. Una crítica severa y hasta cruel haría bien sin esto. En las manos hábiles, desinteresadas y limpias de usted serían más útiles y provechosas las disciplinas o la palmeta que el turíbulo: pero, en las manos de Valbuena la palmeta y las disciplinas son patas de mulo que dispara cosas o algo a modo de *chantage*, contra el cual no hay más recurso que la resignación o bien otras coces más brutales como a las que a Valbuena disparó el Vizconde de Irueste (cit. en Rubio Jiménez: 2015: 277-278).

Valgan dos de las muchas críticas que en sus trabajos consagrará a Pardo Bazán, ya fuese por sus ideas literarias o por sus estudios críticos sobre la novela o el teatro -*La revolución y la novela en Rusia*, *La cuestión palpitante*, *Nuevo Teatro Crítico*-, o sobre lo que representó en una época de recepción foránea y de aperturismo, como ejemplo de lo mentado:

Es de advertir que probablemente para poner esto de agarrar las manos y rozarse con ellas la frente es para lo que ha escrito su cuento D.<sup>a</sup> Emilia, que debe de aspirar sin duda á que sea moda corriente esa maniobra. Lo digo porque hace ya bastantes años escribió una novela que se titulaba *Una cristiana*, cuya protagonista, sin embargo, no era buena cristiana, sino *pecadora*, cuando menos de afición, y allí también un sobrino del marido de la *cristiana*, enamorado de ésta, la coge las manos y roza contra ellas su frente, sin que la *cristiana* las retire... Y todavía volverá la Sra. Pardo a pintar la misma escena en algún otro libro... Porque D.<sup>a</sup> Emilia es así.

Tiene poca inventiva; pero mala. (1911: 135)

Pues ya se sabe que la buena de doña Emilia dijo esa y otras cosas contra mí para ver de congraciarse con los académicos, porque tiene el afán de ser académica. Y le tiene tan desapoderado, que cuando se enteró, o creyó enterarse, de que el obstáculo más serio que tenían los académicos para recibir a una señora, era el temor de verse privados de contar en las sesiones cuentos verdes, que es su entretenimiento favorito, dio ella en escribir novelas verdes (*Morriña*, *Insolación*, *Una Cristiana*, etc.), como queriendo demostrar que no la asustarían los cuentos aunque verdigearan un poco, siendo el verdor artístico. Porque doña Emilia se suele disculpar de las verdosidades de sus novelas, diciendo que el arte es independiente, y que el arte es libre, etc. (1893: 92)

En fin, sin habernos adentrado en su narrativa -*Capullos de novela* (1891), *Agua Turbia* (1900) o *Rebojos* (1901)-, será tras la publicación de «La novela» en 1878 con la que Valbuena se blasonaría como paladín de la restauración de las *buenas novelas*, de esa buena novela católica. Atrás quedaban sus años de ambiciones políticas; en las siguientes décadas plagaría la prensa -según las huestes liberales- de ataques y extremas disputas con los que intentó combatir el rumbo de la sociedad española. Si bien su crítica fue dejando de tener el impacto que tuvo en las letras a finales del siglo XIX, es menester indicar, como bien lo reconocieron Emilia Pardo Bazán o el mismo Clarín, la valía que tuvieron sus juicios y críticas. En un momento actual en el que la crítica posmodernista auspiciada por el canon

literario ha ido consistentemente ignorando esos otros juicios críticos sincrónicos sobre la novela y el arte que enriquecieron intelectualmente el panorama crítico-literario de la segunda mitad del siglo XIX, prestar atención a lo que la novela supuso, no para el lector actual sino para el lector de la época para la que el texto se escribió, es todavía más enriquecedor, y nos aporta esa otra perspectiva, más completa, sobre la importancia que tuvo la novela como ente político-religioso.

## Bibliografía

ALGABA PACIOS, Nieves. (2001). «Vida y obra de Antonio de Valbuena». *Prosa crítica*. Diputación Provincial de León, León. 13-41.

ANTICH E IZAGUIRRE, Francisco. (1901). *La colaboración en los periódicos mezcolanceros*. Palma de Mallorca. Imp. de las Hijas de J. Colomar.

BENOIT, Paul. (1888). *La ciudad anticristiana en el siglo XIX. Los errores modernos*. Tomo II. Traducida por Francisco de P. Ribas y Served. Barcelona. Librería y Tipografía Católica.

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente. (1904). *El intruso*. F. Sempere y Comp.<sup>a</sup>

BOTREL, Jean François. (1984). «Antonio de Valbuena y la novela de edificación (1879-1903)». *Revista Tierras de León*. 132-144.

---. (1993). «Narrativa y lecturas del pueblo en la España del siglo XIX». *Cuadernos hispano-americanos*. 516. 69-91.

---. (1982). «La Iglesia católica y los medios de comunicación impresos en España de 1847 a 1917: doctrina y prácticas». *Metodología de la historia de la prensa española*. Madrid: Siglo XXI Editores: 119-176.

BUSTAMANTE Y URRUTIA, José María. (1929). *Catálogo General Alfabético de autores de la biblioteca del «Doctor Lago»*. Santiago de Compostela. Tip. de «El Eco Franciscano».

CÁNOVAS DEL CASTILLO. (1884). «Fragmentos de un discurso parlamentario acerca de la *Internacionab*». *Problemas contemporáneos*. Tomo I. Madrid: Imprenta de A. Pérez Dubrull. 361-451.

DECORME, P. Gerardo. (1908). *Lecturas recomendables*. Barcelona. Librería Católica Internacional.

«Estelas periodísticas en la obra de Valera». (1956). *Boletín de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, año XXVII, julio-diciembre, 75. 87-215.

*Casos de conciencia acerca del liberalismo sacados de la obra escrita en latín por S.V.* (1886). Madrid. Biblioteca de la Ciencia Cristiana.

COMELLAS, Mercedes. (2022). «El estilo de los románticos. Intentos de aproximación en la crítica literaria entre 1817 y 1837». *Estudios de lingüística y literatura: estilo, crítica y traducción en el siglo XIX*. Mario Benvenuto, Rossella Michienzi, José Manuel Goñi Pérez y Ricardo de la Fuente Ballesteros (eds.). Valladolid. Universitas Castellae.

FERNÁNDEZ MONTAÑA, José. (1902). *El Syllabus de Pio IX*. Madrid. Imprenta de Gabriel L. y del Horno.

FERRERAS, Juan Ignacio. (1975). «La actualidad de la novela por entregas». *Tiempo de historia*. Año I. 10. 68-73.

GOÑI PÉREZ, José Manuel. (2017). «Rubén Darío en la prensa periódica (1882-1899)». *Siglo Diecinueve (Literatura hispánica)*. 23. 335-360.

---. (2021). «Galenos, política y literatura. Cartas de un tísico a otro de Eduardo Bertrán Rubio». *Literatura y medicina: Teoría y praxis (1800-1930), Vol. II*. Madrid: Ediciones de la Torre (Biblioteca de Nuestro Mundo/Logos). 19-78.

GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel. (2022). «Las palabras de la noche. Discurso textual costumbrista. *Madrid por dentro y por fuera (1873)*». *Estudios de lingüística y literatura: estilo, crítica y traducción en el siglo XIX*. Mario Benvenuto et al. (Eds.). Valladolid. Universitas Castellae. 93-106.

HARTZENBUSCH, Eugenio. (1904). *Unos cuantos seudónimos de escritores españoles*. Madrid. Sucesores de Rivadeneira.

HIBBS, Solange y Sylvie BAULO. (2004). «Parti pris idéologique et per-version de l'histoire dans le roman clérical et anti-clérical du XIXe siècle. *L'histoire irrespectueuse. Humour et sarcasme dans la fiction historique, (Espagne, Portugal, Amérique Latine)*. Villeneuve d'Ascq. Université Charles-de-Gaulle. 173-189.

HIBBS-LISSORGUES, Solange. (1996). «Novela histórica y escritores católicos en el siglo XIX: las marcas de un género». *Congreso Internacional sobre la Novela Histórica (Homenaje a Navarro Villoslada)*, Arellano, Ignacio, Mata, Carlos (coords.). Pamplona. Institución Príncipe de Viana. 167-186. Cito por la edición digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2010.

---. (2009). «Estudio preliminar». *El liberalismo es pecado. Cuestiones candentes*. Félix Sardá y Salvany. Pagès Editors. 5-167.

---. (1995). «Práctica del folletín en la prensa católica española». *Hacia una literatura del pueblo: del folletín a la novela: (el ejemplo de Timoteo Orbe)*. Brigitte Magnien (coord.). *Anthropos*. 21. 46-63.

*La entrada en el Mundo o Guía práctica del joven cristiano*. (1883). Madrid. Imprenta de la Viuda e Hijo de D. Eusebio Aguado.

LISSORGUES, Yvan. (1997). «Benito Pérez Galdós: la novela tendenciosa de fin de siglo (Realidad, Ángel Guerra, Nazarán, Halma, Misericordia, El Abuelo)». *Camins creuats. Homenatge a Victor Siurana*. Ángel Santa (ed.), Lleida, Universidad de Lleida, 177-193. Cito por la versión digitalizada de La Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008.

MOLINA MARTÍNEZ, José Luis. (1998). *Anticlericalismo y literatura en el siglo XIX*. Murcia. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.

«Nuestros escritores» (1886). *Madrid Cómico*. 169. 15 de mayo de 1886. 1-8.

PALENQUE, Marta. (1998). «El escritor y la política en el siglo XIX». *Actas del I Simposio nacional literatura y política en el siglo XIX: José María Gutiérrez de Alba (1997, Alcalá de Guadaíra, Sevilla)*. Campos Díaz, José Manuel (ed.). Centro Andaluz Libro. 67-81.

PICARD, Roger. (1987). *El romanticismo social*. México. Fondo de Cultura Económica.

PÍO IX. (1865). «Quanta Cura». *Colección de las alocuciones consistoriales, encíclicas y demás letras apostólicas, citadas en la Encíclica y el Syllabus del 8 de diciembre de 1864, con la traducción castellana hecha directamente del latín*. Imprenta de Tejado, a cargo de R. Ludeña. Madrid. 3-52.

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, Vicente. (1990). *El integrismo «neo-católico», un desafío al racionalismo bíblico y a la mentalidad científico-positiva*. Salamanca: Kadmos.

RUBIO CREMADES, Enrique. (2003). *Biografía de Juan Valera*. Alicante. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Reproducción original: Madrid. Castalia. 1992. 9-23.

---. (2012). «Menéndez Pelayo y la novela española de la segunda mitad del siglo XIX». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*. LXXXVIII, 1. 231-268.

RUBIO JIMÉNEZ, Jesús y Antonio DEAÑO GAMALLO. (2015). «Confidencias epistolares de Valera a Clarín. Al correr de la pluma». *Revista de Literatura*, enero-junio, vol. LXXVII. 153. 249-294.

SÁNCHEZ DE CASTRO, Francisco. «La literatura contemporánea I». *La Ilustración Católica* 14, 15 de mayo de 1885. 159-60.

SARDÁ Y SALVANY, Félix. (1884). *El liberalismo es pecado*. Barcelona. Librería y Tip. Católica.

---. (1897) *Liberalismo casero*. Barcelona. Librería y Tip. Católica.

SERRANO SERRANO, Joaquín. (2006). «Polémicas de Antonio de Valbuena con sus contemporáneos sobre la corrección gramatical y los “defectos” del Diccionario de la Academia». *Estudios humanísticos. Filología*. 28. 185-220.

---. (2007). *Antonio de Valbuena (1844-1929): poeta, narrador y crítico polémico*. León. Universidad de León.

---. (2021). «Clarín y Valbuena: de las duras críticas iniciales a una larga amistad». *Archivum*. LXXI. 505-545.

SERRANO SERRANO, Joaquín y Simona FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ. (1981). «Antonio de Valbuena, ilustre escritor leonés del siglo XIX». *Tierras de León*. vol. 21. 42, 99-110.

---. (1990). «Luces y sombras en sus críticas». *Tierras de León*. vol. 31. 81-82. León. Diputación Provincial.

TEJADO Y RODRÍGUEZ, Gabino. (1854-1855). «Noticia biográfica». *Obras de don Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas*. Tomo I. Madrid: Imprenta de Tejado. I-LXXXVIII.

---. (1881). *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del señor don Gabino Tejado el día 19 de junio de 1881*. Madrid. Imprenta de F. Maroto e Hijos.

TORRES ASENSIO, Joaquín (1902). *Cartas sobre el liberalismo y la necesaria concordia de los católicos*. Madrid. Imp. de E. Vaquer.

VALBUENA, Antonio de. (1870). *¡Sursum corda!: apuntes para la historia crítica de la revolución de setiembre*. Vitoria. Estab. tip. de Mateo Sanz y Gómez.

---. (1878a). «La novela. Lo que ha sido. Lo que es. Lo que debe ser» (I). *La Ilustración Católica*, 20 de enero; año II. 25. 10-20.

---. (1878b). «La novela. Lo que ha sido. Lo que es. Lo que debe ser» (I). *La Ilustración Católica*, 27 de enero; año II. 26. 27-30.

---. (1878c). «La novela. Lo que ha sido. Lo que es. Lo que debe ser» (III). *La Ilustración Católica*, 3 de febrero; año II. 27. 34-36.

---. (1878d). «La novela. Lo que ha sido. Lo que es. Lo que debe ser (IV conclusión)». *La Ilustración Católica*, 10 de febrero de 1878, año II. 45-48.

- . (1878e). «Un libro nuevo». *La Ilustración Católica*, 19 de mayo de 1878, año II. 167-168.
- . (1879a). «Examen de libros: *Pepita Jiménez*, por D. Juan Valera. Quinta edición». *La Ciencia Cristiana*. 9. 157-164.
- . (1879b). «Examen de libros, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*». *La Ciencia Cristiana*, vol. X, 59. 466-474.
- . (1892a). «[La correspondencia]». *Agridulces, (Políticos y Literarios)*. Tomo I. Madrid. La España editorial. 15-24.
- . (1892b). «*De tal palo tal astilla*». *Agridulces, (Políticos y Literarios)*. Tomo I. Madrid. La España editorial. 84-103.
- . (1893). «*Pepita Jiménez*». *Agridulces (Políticos y Literarios)*. Tomo II. Madrid. Madrid. J. Lerín. 149-161.
- . (1893). «XI». *Ripios Ultramarinos*. Vol. I. Madrid. Victoriano Suárez. 91-105.
- . (1894). *Ripios Ultramarinos*. Vol. II. Madrid. Victoriano Suárez.
- . (1896). «Darío». *Ripios Ultramarinos*. Vol. III. Madrid. Victoriano Suárez. 83-97.
- . (1899). «Una Revista Literaria». *Des-trozos literarios*. Madrid. Victoriano Suárez. 169-186.
- . «El baile del oso». *Des-trozos literarios*. Madrid. Victoriano Suárez. 39-47.
- . (1911). «Atrevimientos». *Corrección fraterna*. Madrid: Imp. del Asilo de los Huérfanos. 219-223.
- . (1911). «Carta de la Garduña». *Corrección fraterna*. Madrid: Imp. del Asilo de los Huérfanos. 243-258.
- VALERA Y ALCALÁ-GALIANO, Juan. (1880). «Introducción». *Dafnis y Cloe o las Pastorales de Longo*. Madrid. Librería Fernando Fe. V-XLII.
- . (1884). «De la moralidad en el teatro». *Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días*. Tomo II, segunda edición. Madrid. Francisco Álvarez. 287-308.
- . (1947a). «España desde Chile. Nuevas cartas americanas». *Obras completas*. Tomo III. Madrid. Aguilar. 344-350.
- . (1947b). «La belleza». *Obras completas*. Tomo III. Madrid. Aguilar. 1458-1463.
- . (1949a). «De la doctrina del progreso con relación a la doctrina cristiana» (1864). *Obras completas*. Tomo II. Madrid. Aguilar. 1404-1423.

---. (1949b). «¿Qué ha sido, qué es y qué debe ser el arte en el siglo XIX» (1861). Tomo II, segunda edición. *Obras completas*. Madrid. Aguilar. 219-223.

---. (1949c). «Pequeñeces». (1891). *Obras completas*. Tomo II. Madrid. Aguilar. 848-863.

---. (2004). *Correspondencia. Volumen III. (Años 1876-1883)*. Leonardo Romero Tobar (ed.). Madrid. Editorial Castalia.

---. (2006). *Correspondencia. Volumen V. (Años 1888-1894)*. Leonardo Romero Tobar (ed.). Madrid. Editorial Castalia.

VIGUERA RUIZ, Rebeca. (2018). «Buenas y malas lecturas re-creativas el folletín en la prensa religiosa a mediados del siglo XIX». *Lectura y lectores*. (1.ª parte). Víctor Rodríguez Infiesta, Rebeca Viguera Ruiz (coords.). PILAR (Presse, Imprimés, Lecture dans l'Aire Romane). 73-86.